



“Muerte y sistema. El paleolítico superior europeo”

p. 119-148

La invención de la muerte

*Ensayo sobre el deceso humano y los orígenes
de la religión*

Roberto Martínez González

Ciudad de México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2021

292 p.

Figuras

(Serie Antropológica 29)

ISBN 978-607-30-5018-0

Formato: PDF

Publicado en línea: (día mes año)

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/755/inveccion_muerte.html

Los datos correspondientes a la fecha de la publicación en línea y a la liga serán puestos por la persona responsable de publicar el material en el sitio web.

D. R. © 2022. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



MUERTE Y SISTEMA EL PALEOLÍTICO SUPERIOR EUROPEO

El paso del Paleolítico Medio al Superior, hace unos 45 000 años, está marcado por la llegada del *sapiens* a Europa y la aparición de conductas tecnológicas y simbólicas semejantes a las que caracterizan a las sociedades históricas; entre estas últimas destacan las siguientes: innovaciones técnicas en la manufactura de herramientas —predominio de las navajillas y uso intensivo del hueso o las astas de animales—; estandarización de las formas líticas; una más sistemática decoración corporal; intercambios a larga distancia; adelantos en las técnicas de caza —aparición del lanzadardos—; almacenamiento de excedentes, sobre todo en las regiones norteafricanas, y el ordenamiento distintivo de los lugares de ocupación en áreas de actividad reconocibles.¹ A ello se suma la propagación de estilos artísticos cuya continuidad se extiende por cerca de veinte mil años y un área geográfica tan extensa como la distancia entre Portugal y Moscú.

Lo llamativo es que, contrariamente a lo supuesto por los defensores de la ya citada “revolución cognitiva” (véase el segundo capítulo), la presencia de esta nueva clase de humanidad no parece haber supuesto el inmediato florecimiento de la cultura.² Estudios

¹ Ofer Bar-Yosef, “The Upper Paleolithic Revolution”, *Annual Review of Anthropology*, v. 31, 2002, p. 363-393; Eveline Seghers, “A Tale of Two Species: The Origins of Art and the Neanderthal Challenge”, *Evolutionary Studies in Imaginative Culture*, v. 2, n. 2, 2018, p. 84.

² *Neanderthalensis* y *sapiens* poseían industrias líticas propias y bien diferenciadas —los *sapiens*, el auriñaciense y los *neanderthalensis*, el chatelperroniense—, las dos utilizaban ornamentos corporales, la una y la otra extraían y usaban colorantes minerales, tanto en África como en Europa y Medio Oriente se habían sepultado esporádicamente restos mortuorios, y, en ambos casos, se habían realizado algunas formas de arte visual —sobre todo piezas incisas esquemáticas; lo cierto es que ninguna de las dos humanidades parece haber sido capaz de producir obras plásticas semejantes a las del Gravetiense y el Magdaleniense.



recientes demuestran que los procesos de innovación fueron más graduales de lo que se pensaba y debieron pasar algunos milenios antes de que esa “modernidad comportamental” se generalizara;³ se requirieron, de hecho, más de diez mil años para que se produjeran cavernas ornadas, como Chauvet-Pont-d’Arc, y suntuosas sepulcros, como las de Sunghir o Kostenki.

Es difícil reconstruir, en este momento, los procesos que llevaron a su desarrollo; el caso es que, para el Gravetiense, 31 000 a 22 000 AP, ya se reconoce en el arte la existencia de un sistema de representación bien definido. Lo mismo ocurre con las evidencias mortuorias; los datos correspondientes a los primeros tiempos del poblamiento *sapiens* de Europa son sumamente reducidos y variables, pero se alcanzan a observar ciertas regularidades en torno al periodo antes citado.⁴ Hemos visto ya que, tanto en el *sapiens* como en otras especies de homíninos, la aparición de conductas mortuorias sofisticadas ocurre a la par de otras prácticas culturales complejas, y lo mismo parece suceder en este caso; aquello que hubo de incidir en la proliferación del arte también debió influir en la más constante producción de contextos con restos de difuntos.

Siguiendo la propuesta de Riel-Salvatore y Gravel-Miguel,⁵ la muestra que conformamos a partir de los estudios previamente realizados en torno a las prácticas mortuorias fue dividida en dos periodos principales; el Paleolítico Superior Temprano —que comprende de 31 000 a 22 000 AP— y el Paleolítico Superior Tardío —de 18 000 a 12 000 AP; entre ellos existe un relativo vacío de evidencia

³ Nicolas Teyssandier y François Bon, “L’emergence de l’Aurignacien et son rôle dans le développement de la pensée symbolique”, *Préhistoire, Art et Sociétés*, v. 43, 2008, p. 7-16.

⁴ Se cuenta con apenas un entierro parcial, proveniente de la gruta de Oase, en Rumania, datado *c.* 36 000. Hasta ahora, no existe ninguna asociación entre restos humanos y las primeras representaciones artísticas. Parece que en el Auriñaciense el tratamiento de los difuntos no implicaba ninguna práctica que resultara en la conservación de los restos óseos a largo plazo.

⁵ Julien Riel-Salvatore y Claudine Gravel-Miguel, “Upper Paleolithic Mortuary Practices in Eurasia. A Critical Look at the Burial Record”, en Sarah Tarlow y Liv Nilsson Stutz (eds.), *The Oxford Handbook of the Archaeology of Death and Burial*, Oxford, Oxford University Press, 2013, p. 305.

para la zona septentrional del continente, atribuido al cambio climático relacionado con la baja máxima de la glaciación, alrededor de 20 000 AP.⁶ Los registros correspondientes a nuestra primera fase son especialmente ricos en Europa oriental; los relativos a la

⁶ Las obras consideradas para la construcción de las tablas presentadas fueron: Paul Pettitt, *The Palaeolithic Origins of Human Burial*, Londres/Nueva York, Routledge, 2011; Jörg Orschiedt, “Secondary Burial in the Magdalenian: The Brillenhöhle (Blaubeuren, Southwest Germany)”, *Revue d’Archeologie Préhistorique*, v. 14, 2002, p. 241-255; “Bodies, Bits and Pieces: Burials from the Magdalenian and the Late Paleolithic”, en Andreas Pastoors y Barbel Auffermann (eds.), *Pleistocene Foragers: Their Culture and Environment. Festschrift in Honour of Gerd-Christian Wenigen for his Sixtieth Birthday*, Mettmann, Neanderthal Museum (Wissenschaftliche Schriften des Neanderthal Museum 6), 2013, p. 117-132; José María Pérez Iglesias, “Restos fósiles en el Paleolítico Superior de la península ibérica”, *Arqueoweb*, v. 8, n. 2, 2007, p. 1-17, <http://pendientedemigracion.ucm.es/info/arqueoweb/pdf/8-2/perez.pdf> (consultada: 23 de enero de 2017); Dominique Gambier, “Les pratiques funéraires au Magdalénien dans les Pyrénées françaises”, en Jean Clottes y Henri Delporte (eds.), *Pyrénées préhistoriques: Actes du 118e Congrès National des Sociétés Historiques et Scientifiques*, Paris, Éditions du Comité des Travaux Historiques et Scientifique, 1996, p. 263-278; Lawrence G. Straus et al., “‘The Red Lady of El Mirón’. Lower Magdalenian Life and Death in the Oldest Dryas Cantabrian Spain: An Overview”, *Journal of Archaeological Science*, v. 30, 2015, p. 1-4; Carmé Olària, “Origen y desarrollo del grafismo rupestre naturalista pospaleolítico en el Mediterráneo”, *Espacio, Tiempo y Forma*, v. 1, 2008, p. 181-190; João Zilhão, “Burial Evidence for the Social Differentiation of Age Classes in the Early Upper Paleolithic”, en Denis Vialou, Josette Renault-Miskovsky y Marylène Patou-Mathis (dirs.), *Comportements des hommes du Paléolithique Moyen et Supérieur en Europe: territoires et milieux*, Lieja, Presses Universitaires de Liège, 2005 (Études et Recherches Archéologiques de l’Université de Liège 111), p. 231-241; Riel-Salvatore y Gravel-Miguel, “Upper Paleolithic Mortuary Practices in Eurasia...”; Gérard Quéchon, “Les sépultures des hommes du Paléolithique Supérieur”, *Préhistoire Française*, v. 1, n. 1, 1976, p. 728-733; Dominique Henry-Gambier, “Les sujets juvéniles du Paléolithique Supérieur d’Europe à travers l’analyse des sépultures primaires: l’exemple de la culture gravettienne”, en Francesc Gusi i Jener, Susanna Muriel y Carmen Rosa Olària Puyoles (eds.), *Nasciturus, infans, puerulus vobis mater terra: la muerte en la infancia*, Castellón, Diputació de Castelló, Servei d’Investigacions Aréologiques i Prehistòriques, 2008, p. 331-364; Julien Riel-Salvatore y Geoffrey A. Clark, “Grave Markers: Middle and Early Upper Paleolithic Burials and the Use of Chronology in Contemporary Paleolithic Research”, *Current Anthropology*, v. 42, n. 4, 2001, p. 449-479; Vincenzo Formicola, “From the Sunghir Children to the Romito Dwarf. Aspects of the Upper Paleolithic Funerary Landscape”, *Current Anthropology*, v. 48, n. 3, 2007, p. 446-453; Vincenzo Formicola y Brigitte M. Holt, “Tall Guys and Fat Ladies: Grimaldi’s Upper Paleolithic Burials and Figurines in an Historical Perspective”, *Journal of Anthropological Sciences*, v. 93, 2015, p. 71-88; Jiří A. Svoboda,



segunda suelen ser más abundantes en el sur del subcontinente, sobre todo en Italia, España, Francia y Alemania. Entre uno y otro horizontes se notan además importantes cambios en el comportamiento sociodemográfico: una más alta densidad poblacional y un mayor sedentarismo.

Pese a lo anterior, también reconocemos una serie de elementos relativamente constantes tanto en los tratamientos mortuorios de los individuos como en sus representaciones; es por ello que podemos pensar ambos tiempos como variantes de una misma tradición. Son los elementos más constantes los que nos servirán de guía para el análisis y la interpretación.

Prácticas y patrones

La transición entre el Paleolítico Superior Temprano y el Tardío está marcada por importantes cambios tanto ambientales como sociales. Destacan la posibilidad de la recolonización de regiones que antes estuvieron cubiertas por el hielo gracias al aumento en las temperaturas, que caracterizó al Magdaleniense y el Epigrave-tiense, según la denominación usada en cada zona, y, aunado a ello, el visible aumento en la densidad demográfica.

Treinta y tres de los sitios conocidos para el Paleolítico Superior Temprano contienen restos humanos. Más de la mitad de las evidencias mortuorias, 54.5%, se ubica en espacios aparentemente habitacionales, sean cuevas, abrigos rocosos o campamentos a cielo abierto. Diecisiete de nuestros yacimientos cuentan con un solo individuo y, de entre los restantes, nueve presentan más de un depósito, los demás son colectivos. Todo esto sugiere que, a excepción de Předmostí, donde se han localizado veinte esqueletos fragmentados y completos, no parecen haberse creado espacios específicos para los muertos sino que, simplemente, se les depositaba en los mismos lugares que los ocupados por los vivos, mismos en los que, eventualmente, cabría la posibilidad de introducir nuevos cadáveres.

“The Upper Paleolithic Burial Area at Předmostí: Ritual and Taphonomy”, *Journal of Human Evolution*, 2008, v. 54, p. 15-33.

Cerca del 40% de los esqueletos completos o semicompletos de este periodo, se encuentra acompañado de ornamentos corporales —tocados, pendientes o vestimentas con conchas y dientes animales—; suponiendo que tales atributos se ligan al estatus y la identidad, bien podemos imaginar que, al menos temporalmente, los fallecidos hubieron de preservar una parte de su personalidad.

Los restos correspondientes al Paleolítico Superior Tardío son mucho más abundantes —al menos sesenta y dos sitios—. Aun cuando difícilmente pudiera hablarse de verdaderos cementerios, ahora se nota que la introducción de elementos esqueléticos en un determinado espacio es más reiterada ya que, además de contarse con sitios con cantidades relativamente elevadas de restos de difuntos —como la Grotte du Placard, con 24, e Isturitz, con 43—, existen algunos yacimientos en los que se ubica más de un depósito mortuario —tal es el caso de Neuwied-Irlch y Riparo del Romito—. Esto refleja, por supuesto, una densidad poblacional superior pero también una menor movilidad. En esta etapa se observa que la orientación hacia el ámbito doméstico en los depósitos de esqueletos completos y semicompletos es aún mayor, alcanzando el 80.6% de los ejemplares; la proporción de osamentas acompañadas de ornamentos personales disminuye, 19.6%, pero el porcentaje de individuos colocados en entierros colectivos se duplica en el paso de un periodo al otro, yendo del 16.6% al 38.7%. Considerando la posibilidad de que los depósitos múltiples remitan a individuos vinculados por parentesco, sobre todo cuando se trata mujeres e infantes —como en Ostuni, Sungir, Abri Pataud, Newied-Irlich y Abri Lafaye—, todo apuntaría a que, principalmente, en el horizonte más reciente, las inhumaciones primarias se asocian a la intención de hacer permanecer a los difuntos en el ámbito doméstico y familiar.

Contrastando con lo hasta ahora descrito, sobresale el hallazgo de una vasta cantidad de huesos aislados depositados generalmente al interior de cavernas profundas, más del 80% de los casos en ambos periodos. La pregunta que, entonces, surge es si estas dos clases de contextos reflejan etapas sucesivas de un mismo ritual o si, por el contrario, hubieron de coexistir dos diferentes formas de tratamiento mortuario.



En favor de la primera posibilidad, podemos mencionar la existencia de algunos individuos que, ubicándose en depósitos primarios, fueron localizados sin cráneo; esto se nota en Paviland, Dolni Věstonice, Lagar Velho y El Mirón. Siendo que en ninguna de tales osamentas se han registrado huellas de corte, podemos suponer que, primero, hubieron de inhumarse cadáveres completos y, luego, después de haberse descompuesto los tejidos blandos, se sustrajeron las piezas faltantes para trasladarlas a un sitio distinto. La cuestión es que, por plausible que suene esta hipótesis, hemos de considerar que cuatro ejemplares a lo largo de veinte mil años es demasiado poco para pensar en la existencia de un patrón, algo que llegó a ocurrir, una posibilidad, pero no una práctica frecuente. Lo más probable es que los restos disociados provengan de un procedimiento diferente, cuyo inicio desconocemos pero que hubo de resultar en su segmentación.

El número de entierros conocido es demasiado reducido para ser representativo de las poblaciones que tuvieron que ocupar el subcontinente en dicho periodo; por lo que, a falta de otras evidencias, es posible imaginar la existencia de tratamientos mortuorios cuyo resultado hubiera sido la dispersión e invisibilización de los cadáveres —entre éstos, podemos considerar la exposición de cuerpos, practicada por pueblos cazadores como los de Siberia, Norteamérica, Mongolia y Australia—. ⁷ Es posible, también imaginar

⁷ Baldwin Spencer y F. J. Gillen, *The Northern Tribes of Central Australia*, Nueva York, McMillan and Company, 1904, p. 145-150, 506-543; Bernard Moizo, *Mort et traitements du corps chez les aborigènes d'Australie*, tesis de doctorado en Etnología, Nanterre, Université de Paris X, 1983; William Thalbitzer, “Les magiciens esquimaux, leurs conceptions du monde, de l’âme et de la vie”, *Journal de la Société des Américanistes*, t. 22, n. 1, 1930, p. 93; Knud Rasmussen, *The Netsilik Eskimos. Report of the Fifth Thule Expedition 1921-24*, Copenhagen, Gyldendalske Boghandel/Nordisk Forlag, 1931, p. 220; Adrian Tanner, *Bringing Home Animals. Religious Ideology and Mode of Production of the Mistassini Cree Hunters*, Londres, C. Hurst and Company, 1979, p. 148, 153, 172; Sergei Kan, “Memory Eternal: Orthodox Christianity and the Tlingit Mortuary Complex”, *Arctic Anthropology*, v. 24, n. 1, 1987, p. 35; Roberte Hamayon, *Chamanismos de ayer y hoy. Seis ensayos de etnografía e historia siberiana*, selec. de textos y coordinación de la trad. de Roberto Martínez y Natalia Gabayet, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2011, p. 42-51; Grégory Delaplace, *L'invention des morts. Sépultures, fantômes et photographie en Mongolie contemporaine*, París, École Pratique des Hautes Études, Centre d'Études Mongoles et

que un producto secundario de tales prácticas podrían ser los depósitos de dientes y huesos aislados que se han encontrado al interior de cuevas profundas.⁸ Parece claro que, al menos en algunos, hubo de esperarse que tales restos óseos terminaran completamente descarnados; esto se evidencia en los huesos con huellas de corte que se registran en siete sitios, tres tempranos y cuatro tardíos.⁹

De estar en lo correcto, tendríamos que, mientras unos cuantos se preservaban en los espacios habitacionales, y, por lo tanto sociales, en compañía de otros miembros del grupo y representando ocasionalmente algunos de sus atributos personales, la gran mayoría de los muertos hubo de terminar despojada de su unidad individual y dispersa en el entorno; son sobre todo los últimos reductos de tales personas los que habrían de alojarse en las cavernas. Sería casi una obviedad traer a colación las lógicas mortuorias descritas en el primer capítulo para decir que la primera de estas formas de tratamiento recuerda a la retención y la segunda, al alejamiento o reciclaje; la pregunta aquí es bajo qué principios tuvieron que desarrollarse estos procedimientos.

Sibériennes, 2009 (Colección Nord-Asie 1); Jean-Luc Lambert, *Sortir de la nuit: essai sur le chamanisme nganassane (Arctique sibérien)*, París, Centre d'Études Mongoles et Sibériennes, 2003. Paul Pettitt no logró conformar una muestra de más de 400 individuos; esto último, por más reducida que fuera la población en aquel entonces, definitivamente no puede ser representativo de la cantidad de decesos ocurridos en un lapso de casi veinte mil años. Riel-Salvatore y Gravel-Miguel limitan su estudio a sólo 151 individuos distribuidos en 109 entierros; excluyen todos aquellos restos en los que no se aprecia una clara intención de enterramiento. Pettitt, *The Palaeolithic Origins of Human Burial*, p. 140-251. Riel-Salvatore y Gravel-Miguel, "Upper Paleolithic Mortuary Practices...", p. 305. Véase también Henry-Gambier, "Les sujets juvéniles du Paléolithique Supérieur", p. 340.

⁸ Estas son, como bien señala Pettitt, las evidencias más tempranas de comportamiento mortuario en Europa. Pettitt, *The Palaeolithic Origins of Human Burial*, p. 143-147.

⁹ Considerando que varios de los restos craneales muestran huellas de corte similares a las que produce el descarnado, diversos autores, como Pettitt y Orschiedt, han sugerido la práctica de una suerte de "doble enterramiento" en el que, tras la descomposición parcial de los tejidos blandos en un primer espacio, se habrían recuperado porciones de cráneos y mandíbulas para depositarlos en una "morada" definitiva —como pudiera haber sucedido en Maszycka, donde se localizaron 16 cráneos sin cuerpo. Pettitt, *The Palaeolithic Origins of Human Burial*, p. 220-225, 215-216; Orschiedt, "Bodies, Bits and Pieces...", p. 117.

De fragmentos y lugares

Una de las primeras cosas que se observan al aproximarnos a la plástica paleolítica es que las representaciones explícitas de la muerte humana son prácticamente inexistentes. Contamos con rostros de vagos contornos en los que se han querido ver “fantasmas”¹⁰ y escenas de persecución o enfrentamiento con grandes bóvidos;¹¹ pero, a excepción del “hombre herido” de Pech Merle, el “hombre muerto” de Cosquer y la silueta con posibles saetas de Cougnac,¹² no parece común que las imágenes sugieran el momento mismo de la defunción. Carecemos, además, de figuraciones de esqueletos, huesos o cuerpos en descomposición y no disponemos de ninguna representación explícita que pudiera ayudarnos a la plena reconstrucción de una escatología. Lo llamativo es que si ampliamos nuestra exploración más allá de nuestra especie, podemos notar que el tratamiento de los animales en el arte guarda cierta similitud; ahí tampoco es frecuente que se represente su deceso, no se observan escenas explícitas de cacería,¹³ y a excepción, tal vez, de los supuestos cráneos de caballo descarnados en el arte mobiliario de Teyjat y Mas d’Azil,¹⁴ no se conocen imágenes explícitas de cadáveres o cadaverización.¹⁵ Entre las especies representadas se observan tanto depredadores como presas pero, hasta ahora, no conocemos

¹⁰ Alberto Lombo Montañés, “Grotescos, máscaras y fantômes en el arte paleolítico. Análisis conceptual y revisión crítica”, *Pyrenae*, v. 46, n. 2, 2015, p. 7-29.

¹¹ André Léroï-Gourhan, *Prehistoria del arte occidental*, trad. de Miguel Llongueras, Barcelona, Gustavo Gili, 1969, p. 98, 240.

¹² *Ibidem*, p. 242; Jean Clottes, Jean Courtin y Luc Vanrell, *Cosquer redécouvert*, París, Seuil, 2005, p. 29.

¹³ Roberto Martínez y Larissa Mendoza, “¿Por qué los agricultores cazan y los cazadores no? Aproximaciones etnológicas a la ausencia de escenas cinegéticas en el arte paleolítico”, *Dimensión Antropológica*, v. 53, 2011, p. 7-41; “Mostrar y ocultar: el asunto de la caza en artes rupestres paleolíticos”, en *Mostrar y ocultar en el arte y en los rituales: perspectivas comparativas*, edición de Guilhem Olivier y Johannes Neurath, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Instituto de Investigaciones Estéticas, 2017.

¹⁴ Alain Testart, *Art et religion de Chauvet à Lascaux*, París, Gallimard, 2016, p. 54, 56.

¹⁵ Resulta sumamente llamativo que, mientras en Indonesia se plasmaban escenas de caza totalmente explícitas hacia 44 000 AP (véase el segundo capítulo, “La unidad diversa. Un modelo taxonómico para las lógicas mortuorias”), en



Figura 2. Antropomorfo “enfrentado” a un bisonte.
Escena de Lascaux tomada de André Léroï-Gourhan, *Prehistoria del arte occidental*, trad. de Miguel Llongueras, Barcelona, Gustavo Gili, 1969, y redibujado por Elba Domínguez Covarrubias

ninguna escena de interacción entre ellas; el único ser que llega a aparecer siendo atacado es el humano —como en Lascaux, Roc-de-Sers y Villars, ante un bisonte, o en Péchialet y Mas d’Azil, por osos (véase la figura 2).¹⁶

Es, simplemente, como si las sociedades de aquel periodo hubieran querido silenciar la muerte en su arte; como si, para hablar de ella, hubieran recurrido a un lenguaje tan metafórico que hubiera terminado por volverla irreconocible. Esta primera impresión parece concordar con el aspecto final de la mayoría de los restos colocados en las cavernas, huesos dispersos humanos o animales cuya identidad, al cabo de un tiempo hubiera resultado imposible de establecer.

Los depósitos de segmentos anatómicos aislados se observan en ambos periodos pero se tornan mucho más abundantes en el más

Europa se hubiera tenido que esperar hasta el Epipaleolítico para que éstas aparecieran.

¹⁶ Léroï-Gourhan, *Prehistoria del arte occidental*, p. 236, 240, 242; Testart, *Art et religion de Chauvet à Lascaux*, p. 87, 102-103.



reciente, presentes en 33% de los sitios tempranos y en el 66% de los tardíos.¹⁷ Contrario a lo visto respecto de las inhumaciones primarias, en este caso la mayoría de los elementos óseos (cerca de 90% en las dos temporalidades) se ubica en espacios no habitacionales, carecen de cualquier tipo de ornamentos y, en lugar de presentarse en cuidadosos arreglos, suelen encontrarse dispersos o, incluso, revueltos con segmentos de otros humanos o animales. Más aún, si comparamos la manera en que se tratan estos restos con el modo en que se utilizaron los de presas animales, podemos encontrar un par de analogías; las piezas dentales de ambos pueden ser usadas como ornamentos personales —véanse por ejemplos los casos de Grotte des Hyènes, Bedehilac y La Combe—, y tanto los huesos de unos como los de los otros pueden figurar en arreglos mortuorios en las inhumaciones de los individuos más completos —como sucede en Sungir—. A ello se suma un par de fragmentos craneales, hallados en Isturitz, con grabados, un íbice y un motivo semicircular. Todo esto sugiere que, desde la perspectiva de las sociedades del Paleolítico Superior, un hueso sin carne ni atuendos está desprovisto de identidad y, por consiguiente, puede ser tratado de modo semejante sin importar si su origen es humano o animal. Diríase, así, que, si el entierro pretende preservar la personalidad de los difuntos, esta segunda práctica parece buscar su disolución.

Lo interesante, sin embargo, es que muchos de los restos referidos no sólo suelen aparecer en simples campamentos de caza sino, sobre todo, en los mismos lugares en los que se encuentra abundante arte parietal y mobiliario —lo que concierne a 18 de los 25 sitios con restos fragmentarios no sexados, 4 de 7 en los que contienen osamentas parciales identificadas como masculinas, 3 de 5 en las femeninas y 8 de 15 de los infantiles (véanse los cuadros 3 y 4). Ello, a nuestro parecer, implica que, al menos ocasionalmente, la elección de los lugares para el segundo depósito estuvo guiada por

¹⁷ Tal como señalan Orschiedt y Gambier, pese a las relativas similitudes entre el Gravetiense y el Magdaleniense o Epigravetiente, el segundo periodo se caracteriza por la amplísima presencia de restos humanos muy fragmentarios pues, tan sólo en Francia, de los 232 individuos identificados, únicamente el 5.6% está representado por esqueletos relativamente completos. Orschiedt, “Bodies, Bits and Pieces...”, p. 117; Gambier, “Les pratiques funéraires au Magdalénien...”, p. 268.

el carácter eminentemente significativo que le confirieron los signos que en ellos se ubicaban; y, en ese sentido, habríamos de suponer que los restos óseos aislados localizados hubieron de integrarse a los mismos discursos que los expresados por motivos plasmados sobre los objetos y los frisos parietales. Esto último parece verse reforzado por el hecho de que no sólo pueden encontrarse restos desarticulados en cuevas con pinturas y grabados sino que, como en el caso de las cuevas de Enlène, Isturitz, Tuc-d'Audoubert, Bédailhac, Le Portel, Pau, Montespan y Gargas, también se registran huesos humanos incrustados en las propias paredes rocosas.¹⁸

Difícilmente podríamos considerar que aquello que se plasma en las grandes cavernas es simplemente una copia del mundo natural pues, como bien señala Testart, en ellas no se muestran múltiples elementos del paisaje, no se presentan generalmente vegetales, no figuran múltiples especies zoológicas y no se representan escenas de la vida cotidiana.¹⁹ El arte parietal de las cuevas profundas se presenta como un medio dominado por animales naturalistas flotantes que se acumulan sobre la roca sin que las relaciones entre sí aludan necesariamente a una interacción.²⁰ En este ámbito inusual el ser humano figura de un modo muy distinto a como se le aprecia en las inhumaciones antes descritas: siempre desnudo y sin herramientas, aludido por sus segmentos, con rostros vagamente antropomorfos, o entremezclados con animales. Si contrastamos tales representaciones con las que se observan en las paredes de los abrigos rocosos y el arte mobiliario, podemos notar que las más exteriores y transportables suelen ser más completas y realistas. Todo pareciera, así, indicar que, salvo casos excepcionales, en el dominio de los animales, el ser humano sólo puede permanecer de modo difuso o fragmentario.²¹

¹⁸ Jean Clottes, *La vie et l'art des magdaléniens en Ariège*, París, La Maison des Roches, 1999, p. 298, 304-312.

¹⁹ Testart, *Art et religion de Chauvet à Lascaux*, p. 19, 44-45, 57, 106.

²⁰ Lo seguimos menos en su propuesta de ver a la cueva como una mujer y la posibilidad de que las especies animales plasmadas representen diferencias sociales al estilo totémico. Testart, *Art et religion de Chauvet à Lascaux*.

²¹ La única posible excepción conocida es la de la muy tardía representación de personajes muy antropomorfos en las paredes de una cueva es Addaura, fechada hacia 11 000 AP. Léroï-Gourhan, *Prehistoria del arte occidental*, p. 289.



Llama la atención el hecho de que, entre todos los segmentos anatómicos que pueden aparecer aislados, tiendan a predominar partes de la cabeza —80% de nuestra muestra, en el periodo temprano, y 65%, en el tardío, está conformado por restos de cráneos, mandíbulas y piezas dentales. La cabeza es la parte en la que, en ambas fases, se registra mayor número de ornamentos²² y la que presenta mayor detalle en las representaciones pictóricas humanas. Las figuras antropomorfas de las plaquetas de La Marche parecen, al respecto, particularmente significativas pues, entre las 79 representaciones cefálicas que se conocen, 58 carecen de cuerpo y, de los 51 cuerpos figurados, 14 son acéfalos.²³ Más aún, notamos que en muchos de los motivos antropozoomorfos que se conocen la parte que denota la animalidad es justamente la testa.²⁴ La cabeza, así, aparece como una representación sinecdótica del ser en la que basta la figuración de tal parte para dar a entender la presencia de su persona. Lo que tales datos sugieren, en breve, es que un cuerpo desprovisto de cabeza ha dejado de ser una persona y que ahí donde se ubica la testa también reside la identidad.

Entonces, si un cuerpo desprovisto de cabeza deja de ser una persona humana, vale preguntarse: ¿qué devienen aquellos muertos cuyos cráneos y mandíbulas se depositan en las grandes cavernas ornadas?, ¿tuvieron simplemente que desvanecerse o, por el contrario, tuvieron que terminar por producir alguna forma de nueva vida?

Desgraciadamente, ninguna de las evidencias disponibles permite dar respuesta a esta interrogante; lo único que podemos afirmar es que, al parecer, los pueblos paleolíticos solían distinguir entre dos diferentes clases de muertos: aquellos minoritarios, cuyo destino —por sus méritos, la forma de su muerte o sus cualidades individuales—

²² Pettitt, *The Palaeolithic Origins of Human Burial*, p. 173-174, 176, 182, 183-185, 189-190, 198, 203-207, 237-238.

²³ Léon Pales y Marie Tassin de Saint Péreuse, *Les gravures de La Marche. 2: Les humains*, París, Centre National de la Recherche Scientifique/Ophrys, 1976; Pettitt, *The Palaeolithic Origins of Human Burial*, p. 217.

²⁴ Walpurga Antl-Weiser, “Behind Hides and Bones. Animals, Animal Representations and Therianthrop Figurines in Paleolithic Art”, *Annalen des Naturhistorischen Museums in Wien*, serie A, v. 120, 2018, p. 62-62. Véase también Eduardo Ripoll Perelló, “Las representaciones antropomorfas en el arte paleolítico español”, *Empúries*, v. 19-20, 1957-1958, p. 167-192.

habían de mantenerse íntegros y en contacto con los humanos vivos, y una amplia mayoría que habría de terminar fundiéndose en un universo animal en las profundidades de la tierra.²⁵

*Sexo y género bajo la lógica de la retención
en el Paleolítico Superior Temprano*

La identificación de la edad y sexo de un individuo a partir de restos óseos aislados o fragmentarios presenta múltiples dificultades; no obstante, los pocos datos disponibles para este periodo muestran al respecto una distribución bastante equitativa, cinco infantes, tres adultos masculinos y tres adultos femeninos. La disposición de esqueletos semicompletos o con evidencias de inhumación intencional, sin embargo, parece variar considerablemente en función del sexo o el grupo etario de los individuos.

Lo primero que salta a la vista cuando comparamos las cualidades de las inhumaciones de ambos periodos es la existencia de muy pocas regularidades; es simplemente como si hubiera querido marcarse el carácter único de cada uno de ellos. Encontramos esqueletos flexionados y extendidos, colocados en fosos excavados o en cavidades naturales, cubiertos de piedras o huesos de animales, acompañados de abundantes ajuares o totalmente desprovistos de ellos, en sitios con arte mobiliario y parietal o en lugares que no atestiguan ninguna otra ocupación, con ornamentos o sin ellos,

²⁵ Por la explícita figuración de genitales, se reconoce en nuestra especie el binomio masculino-femenino, mientras en los zoomorfos sólo se llega a deducir el sexo por la presencia de caracteres secundarios; esto, al parecer, podría indicar un énfasis en la capacidad procreadora del humano frente al carácter asexual de las otras entidades zoológicas. Contrariamente a lo señalado por Juan F. Jordán Montés (“Zoofilia, alianzas sexuales con diosas y occisiones de jefes: escenas singulares en el arte rupestre postpaleolítico español”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de Castellón*, v. 24, 2004-2005, p. 67-68), nosotros no reconocemos ninguna escena de cópula entre humanos y animales; lo único que sí observamos es que algunas de las figuras sexuadas, incluyendo los antropozoomorfos, aparecen frente a animales —como en las ya referidas escenas de Lascaux, Roc-de-Sers y Villars, Pechialet, Trois Frères y Mas d’Azil. ¿Significa eso que, tras el deceso, la potencia generativa humana puede dirigirse hacia ese mundo animal plasmado en el arte?



etcétera. La singularidad del entierro se hace particularmente evidente en el caso de los depósitos múltiples; los esqueletos pueden encontrarse lado a lado, como en Krems-Wachtberg, con un individuo bocabajo, en Grotta dei Fanciulli, dos de lado mirando a un tercero, en Barma Grande, o uno sobre el otro, en Bonn-Oberkassel. Los individuos inhumados parecen, a veces, igualmente peculiares; algunos presentan malformaciones, como en Dolní Věstonice, Grotta dei Fanciulli o Sungir, en tanto otros parecen haber padecido patologías como esclerosis, en Grotta di San Teodoro; espondilitis, en Veneri Parabita, u osteofitosis, en Barma Grande.

Cuando nos aproximamos a los depósitos de restos humanos de este periodo, resulta notable la escasa presencia de esqueletos semicompletos de niños.²⁶ Dicha situación se torna aún más significativa cuando consideramos que, a excepción de la supuesta escena de parto de Grimaldi, no conocemos ninguna representación plástica obviamente infantil.²⁷ Pudiera atribuirse dicha ausencia a

²⁶ Formicola, “From the Sungir Children...”, p. 446; Riel-Salvatore y Clark, “Grave Markers...”, p. 455; Pettitt, *The Palaeolithic Origins of Human Burial*, p. 154-167; Dominique Henry-Gambier, “Les sujets juvéniles du Paléolithique Supérieur d’Europe à travers l’analyse des sépultures primaires: l’exemple de la culture gravettienne”, en Francesc Gusi i Jener, Susanna Muriel y Carmen Rosa Olària Puyoles (eds.), *Nasciturus, infans, puerulus vobis mater terra: la muerte en la infancia*, Castellón, Diputació de Castelló, Servei d’Investigacions Arqueològiques i Prehistòriques, 2008, p. 340. Pudiera pensarse que la escasa presencia de infantes en la muestra es simplemente resultado de la mayor fragilidad de sus restos; sin embargo, el hecho de que en los depósitos neanderthales muchas veces más antiguos (70 000 a 34 000 años) los menores alcancen un muy alto porcentaje más bien nos invita a pensar en un proceso de selección. Quéchon estima que, en el Paleolítico Superior, la mortalidad en infantes de menos de catorce años debió ser del 55%. Dafne Koutamanis, *The Place of the Neanderthal Dead. Multiple Burial Sites and Mortuary Space in the Middle Paleolithic of Eurasia*, tesis de maestría en Prehistoria, Leiden, Universidad de Leiden, 2012; Pettitt, *The Palaeolithic Origins of Human Burial*, p. 78-138; William Rendu et al., “Evidence Supporting an Intentional Neanderthal Burial at La Chapelle-aux-Saints”, *Proceedings of the National Academy of Sciences*, v. 111, n. 1, 2014, p. 81-86; Michael J. Walker et al., “The Excavation of Buried Articulated Neanderthal Skeletons at Sima de las Palomas (Murcia, SE Spain)”, *Quaternary International*, v. 259, n. 9, 2012, p. 7-21; Quéchon, “Les sépultures des hommes du Paléolithique Supérieur”, p. 730.

²⁷ Henry-Gambier, “Les sujets juveniles...”, p. 331; Alberto Lombo Montañés et al., “La infancia en el Paleolítico Superior: presencia y representación”, *El Futuro del Pasado*, n. 4, 2013, p. 47.

la posibilidad de que los menores simplemente no hayan sido vistos como personas —tal como sugiere Zilhão y se observa en los contemporáneos hadza, mbuti, inuit, selk'nam o andamanes;²⁸ pero su reiterada participación en la producción de arte parietal —al menos, en la impresión de manos en sitios como Gargas, Aldène, El Castillo, Cosquer y Pech-Merle—²⁹ y su depósito *post mortem* con la misma clase de elementos que los adultos nos invita a ver las cosas de otra manera.

De los doce individuos infantiles semicompletos que aparecen en nuestra muestra, nueve fueron localizados en sitios a cielo abierto con supuesto uso habitacional y más de la mitad de ellos se encontraron en sepulturas colectivas. Pareciera, así, que la inhumación de los menores se encontraba de algún modo vinculada con su permanencia en un ámbito doméstico familiar, algo que, tal vez, pudiera verse reforzado por el hecho de que un alto porcentaje de tales restos, 66%, haya sido ubicado en sitios con “venus paleolíticas” (véase el cuadro 3). Eso sin mencionar el hallazgo del entierro de un niño de alrededor de tres años de edad, ricamente ataviado, en el mismo espacio en que se localizaron veinticuatro figurillas femeninas en el sitio siberiano de Mal'ta.³⁰ Difícilmente pudiera considerarse que las “Venus” se encuentran asociadas a la muerte en general; lo que sí parece imaginable es que los decesos infantiles se hayan encontrado más vinculados que los de los mayores

²⁸ Zilhão, “Burial Evidence for the Social Differentiation...”, p. 235; Frank W. Marlowe, *The Hadza Hunter-Gatherers of Tanzania*, Berkeley/Los Ángeles/Londres, University of California Press, 2010, p. 52-57; Colin Turnbull, *La gente de la selva*, trad. de Bianca Southwood, Santander, Editorial Milrazones, 2011, p. 61; Thalbitzer, “Les magiciens esquimaux...”, p. 92-93; Martín Gusinde, *El mundo espiritual de los selk'nam*, Santiago de Chile, Serindigena Ediciones, 2008, p. 101; Alfred Reginald Radcliffe-Brown, *The Andaman Islanders*, Nueva York, Free Press Paperback, 1964, p. 109.

²⁹ Léroï-Gourhan, *Prehistoria del arte occidental*, p. 87; Leslie van Gelder, “Counting the Children: The Role of Children in the Production of Finger Fluting in Four Paleolithic Caves”, *Oxford Journal of Archaeology*, v. 34, n. 2, 2015, p. 120; Ian Morley, “New Questions of Old Hands: Outlines of Human Representation in the Paleolithic”, en Colin Renfrew e Ian Morley (eds.), *Image and Imagination. A Global Prehistory of Figurative Representation*, Cambridge, McDonald Institute for Archaeological Research, 2007, p. 69, 74; Clottes, Courtin y Varell, *Cosquer redécouvert*, p. 2015.

³⁰ Olària, “Origen y desarrollo del grafismo rupestre...”, p. 412.

a lo que quiera que hayan simbolizado estas efigies.³¹ Al menos algunas de las figuras femeninas del Magdalenense también aparecen en sitios que contienen restos de pequeños; tal es el caso de Grotte du Roc Coubert, Mas d'Azil y Wilczyce.³²

El número de sujetos femeninos aparentemente inhumados es todavía más reducido, solamente ocho, pero se encuentra homogéneamente distribuido entre las grutas profundas y los sitios a cielo abierto; lo más destacable en este caso no es tanto la ausencia sino la amplia presencia de entierros colectivos (véase el cuadro 3). Las féminas en el arte de la época se caracterizan por una cierta tendencia al esquematismo (véase la figura 3). A excepción de la Damme de Brassepouy y los ejemplos siberianos, la mayor parte de las llamadas “Venus” suelen carecer de rasgos faciales definidos —si acaso llegan a tener ojos, como la de Dolní Věstonice—, a muchas les faltan manos y pies —no como la de Lespuge, que hasta soporta un cuerno de bóvido— y algunas, como la de Tursac, llegan incluso a verse reducidas a una silueta vagamente antropomorfa en la que sólo se destacan los senos y glúteos. En el arte parietal de sitios como Terme Pilat, Cussac y Pech Merle se reconocen cuerpos de mujeres que muchas veces terminan reducidos a un simple contorno de perfil.³³ Destacan, asimismo, las múltiples representaciones de vulvas que se han registrado en los frisos de Cellier, La Ferrassie, Castanet, Blanchard, Chauvet, Arcy-sur-Cure, Gargas, Pergouset, las plaquetas de Isturitz o los “medallones” de Kosten-

³¹ Svoboda, “The Upper Paleolithic Burial Area...”, p. 25.

³² Gerhard Bosinski, “Les figurations féminines de la fin des temps glaciaires”, en Norbert Aujoulat, Gerhard Bosinski, Valérie Feruglio y Andrzej Jacek Tomaszewski (eds.), *Mille et une femmes de la fin des temps glaciaires*, Les Eyzies-de-Tayac, Grandpalais, Musée National de Préhistoire, 2011, p. 49-71. Se han registrado figurillas femeninas de esta índole en una amplia variedad de contextos y tan sólo algunas de ellas han aparecido en sitios con uso funerario —las de Cussac, la Grotte du Pape, Abri Pataud, Dolni Věstonice, Krems-Hundssteig, Barma Grande, Kostenki y Předmostí.

³³ En las figuras femeninas, “los miembros torácicos faltan en el 45% de las esculturas y más del 70% de los grabados [...] Los miembros pélvicos están presentes más seguido pero, raramente, [se encuentran] detallados. No hay ejemplos de sujetos femeninos cuyos pies se encuentren bien precisados”. Jean-Paul Duhard, *Réalisme de l'image masculine paléolithique*, París, Éditions Jérôme Million, 1996 (Colección L'Homme des Origines), p. 132.

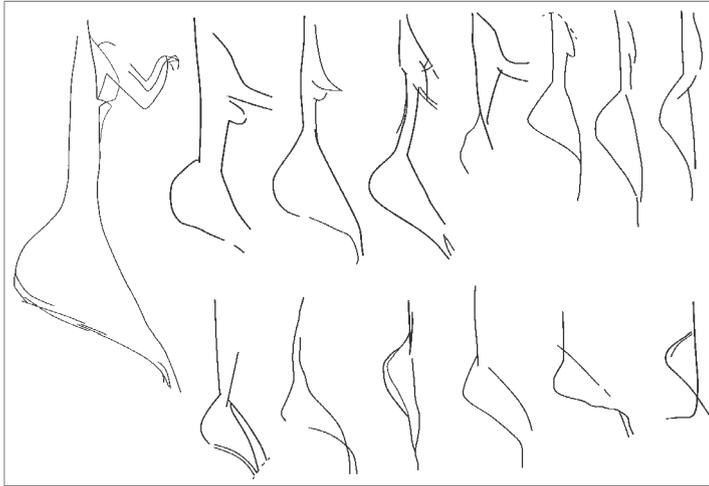


Figura 3. Esquematismo de la figura femenina. Tomado de Gerhard Bosinski, “Les figurations féminines de la fin des temps glaciaires”, en Norbert Aujoulat, Gerhard Bosinski, Valérie Feruglio y Andrzej Jacek Tomaszewski (eds.), *Mille et une femmes de la fin des temps glaciaires*, Les Eyzies-de-Tayac, Grandpalais, Musée National de Préhistoire, 2011, y redibujado por Elba Domínguez Covarrubias

ki.³⁴ Son, en todo caso, constantes la desnudez, la exaltación de caracteres sexuales —como senos, caderas y pubis—, la escasa presencia de ornamentos —que, en el mejor de los casos se limitan a tocados— y la aparente imposibilidad de su zoomorfización.³⁵ Por todo lo anterior, nosotros nos inclinamos a pensar que, más que figurarse mujeres concretas o ideales —como las diosas madres imaginadas por Lacalle Rodríguez o los “autorretratos” de McDermott—,³⁶ lo que se suele representar es lo femenino en general. La predominancia de los entierros colectivos parece tornarse más sig-

³⁴ Léroï-Gourhan, *Prehistoria del arte occidental*, p. 42, 62.

³⁵ Aunque en algunas como las de Lespuge y Mal'ta parecen notarse vestimentas.

³⁶ Raquel Lacalle Rodríguez, *Los símbolos de la prehistoria: mitos y creencias del Paleolítico Superior y del Megalitismo europeo*, Madrid, Almuzara, 2011, p. 118-169; LeRoy McDermott, “Self-Representation in Upper Paleolithic Female Figurines”, *Current Anthropology*, v. 37, n. 2, 1996, p. 227-275.



nificativa cuando se contempla esta tendencia a la abstracción pues, considerando que, más que tratarse de individuos se trata de la mujer como esquematización, no sería difícil pensar que, en ciertos discursos funerarios, se hubiera optado por definir a los personajes femeninos en función de sus relaciones con otros miembros de la sociedad —mujer, madre o hija de, etcétera.³⁷

Con veintiún individuos distribuidos en doce sitios, el grupo social de los adultos y adolescentes masculinos es el mejor representado en nuestra muestra. La cantidad de entierros individuales, doce, supera aquí a los colectivos y se observa una marcada preferencia por el depósito en cuevas; se nota incluso, que la mayoría de los esqueletos no acompañados, siete, se sitúa al interior de tales cavidades. Cinco de los treinta y tres sitios en los que se han registrado restos humanos gravetienses cuentan con arte parietal, sólo uno de ellos —Cussac, donde no se ha logrado sexar ningún individuo—³⁸ carece de esqueletos reconocidos como masculinos y tres de ellos —Les Garennes, Grotta del Caviglione y Grotta Paglicci— presentan exclusivamente elementos óseos identificados como pertenecientes a varones.³⁹ Son muy pocas las representaciones masculinas registradas para el periodo que ahora nos ocupa —y aún menos los elementos fálcos aislados— pero, a diferencia de las

³⁷ Ya Lévi-Strauss demostró ampliamente que el matrimonio tradicional es una relación de intercambio recíproco entre hombres por el intermedio de una mujer; esta última aparece, así, como una suerte de bien preciado —pues posibilita la reproducción del grupo— cuyo don y contradón permite el establecimiento de alianzas mediadas por las relaciones que los distintos colectivos mantienen con ella —dos hombres se vuelven, por ejemplo, cuñados gracias a que uno es marido de la mujer que es hermana del otro—. Claude Lévi-Strauss, *Las estructuras elementales de parentesco*, trad. de Marie Thérèse Cevasco, Barcelona, Paidós Ibérica, 1998.

³⁸ Norbert Aujoulat *et al.*, “La grotte ornée de Cussac — Le Buisson-de-Cadouin (Dordogne): premières observations”, *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, v. 99, n. 1, 2002, p. 129-137.

³⁹ Pettitt, *The Palaeolithic Origins of Human Burial*, p. 176; Monica Vintilă, “Aspetti inediti dell’arte paleolitica italiana”, *Anales d’Université Valahia Târgoviște*, v. 8-9, 2006-2007, p. 219-232. Los entierros directamente asociados a arte parietal son muy raros; lo que nuestra muestra refleja es la simple coincidencia en ambas clases de registros en un mismo espacio, algo que por su recurrencia no parece ser casual. Riel-Salvatore y Gravel-Miguel, “Upper Paleolithic Mortuary Practices...”, p. 327.

femeninas, todas ellas se destacan por una marcada singularidad; tal es el caso del hombre-león de Hohlenstein y los antropomorfos de Pechialet, Sous-Grand-Lac y los Casares, que muestran cierto detalle en las facciones del rostro.⁴⁰ A ello se suman la “marioneta” de Brno II, una escultura en marfil de mamut directamente localizado al interior del entierro simple de un individuo masculino,⁴¹ y el rostro vagamente humano que, junto a la impresión de una mano en negativo, se ubicó en proximidad a los restos óseos de un supuesto varón en Les Garennes.⁴²

Entonces, si tenemos que, tanto en el tratamiento funerario como en la gráfica rupestre, tiende a subrayarse una cierta singularidad masculina —sea por la individualidad de los depósitos o la especificidad de sus figuraciones— y que, aunque muy pocas veces se observe la efectiva coocurrencia, dicha clase de difuntos ha sido mayoritariamente registrada en los mismos tipos de espacios en los que se encuentra el arte parietal —las cavernas—, ¿podemos imaginar que los enterramientos de varones forman parte del mismo género de discursos que los propagados a través de pinturas y grabados? Es de sobra conocido que, en el arte paleolítico europeo, las representaciones de animales ocupan un lugar central y, desde hace casi cien años, se les ha relacionado con las ritualidades ligadas a la cacería.⁴³ Considerando que, en la muestra disponible para este periodo, los individuos seniles son sumamente infrecuentes,⁴⁴

⁴⁰ Duhard, *Réalisme de l'image masculine paléolithique*, p. 55-128; Adeline Schebesch, “Five Anthropomorphic Figurines of the Upper Paleolithic: Communication Through Body Language”, *Mitteilungen der Gesellschaft für Urgeschichte*, v. 22, 2013, p. 75; Brigitte Delluc y Gilles Delluc, “La grotte ornée de Sous-Grand-Lac (Dordogne)”, *Gallia Préhistoire*, t. 14, fas. 2, 1971, p. 246; Javier C. Angulo y Marcos García-Díez, “Male Genital Representation in Paleolithic Art: Erection and Circumcision before History”, *Urology*, v. 74, n. 1, 2009, p. 11.

⁴¹ Martin Oliva, “The Brno II Upper Paleolithic Burial”, en Wil Roebroeks, Margherita Mussi, Jiří Svodoba y Kelly Fennema (eds.), *Hunters of the Golden Age. The Mid Upper Paleolithic of Eurasia (30 000-20 000 BP)*, Leiden, University of Leiden, 2000, p. 143-153.

⁴² Pettitt, *The Palaeolithic Origins of Human Burial*, p. 153.

⁴³ Henri Breuil, *Quatre cents siècles d'art pariétal. Les cavernes ornées de L'âge du Renne*, Paris, Éditions Max Fourny Art et Industrie, 1985; Henri Bégouën, “Les bases magiques de l'art préhistorique”, *Scientia*, v. 1, 1939, p. 202-216; Martínez y Mendoza, “¿Por qué los agricultores cazan...”.

⁴⁴ Pettitt, *The Palaeolithic Origins of Human Burial*, p. 139-214.



podemos pensar que los varones a los que se elegía “retener” en los espacios funerarios eran aquellos que morían en edad productiva y que, por consiguiente, tuvieron que desempeñarse principalmente como cazadores. ¿Sería entonces descabellado suponer que a algunos de los cazadores se les estuviera procurando integrar en ese medio animalista recreado que conforman las cavidades ornadas? Es difícil saberlo pero, al menos, podemos señalar en favor de nuestra hipótesis que las pocas muertes que posteriormente fueron representadas de manera más o menos explícita corresponden todas a personajes afrontados a animales —como en Lascaux, Roc-de-Sers y Villars, ante un bisonte, o en Pechialet y Mas d’Azil, que parecen atacados por osos— o vinculados a objetos punzocortantes —como los “hombres heridos” de Cognac— (véase la figura 4).⁴⁵

En todo caso, lo que sí sugieren nuestros escasos datos es la existencia de tratamientos diferenciales acordados a distintos grupos sociales. La escasez de restos infantiles y nula representación gráfica de los menores nos hace contemplar la posibilidad de que se les acordara, al menos ocasionalmente, un destino distinto al de los mayores. El contraste más evidente, sin embargo, es el que se observa entre las disposiciones de las mujeres y los varones adolescentes y adultos pues, si las primeras parecen más frecuentes en el discurso pictórico que en el mortuario, con los segundos aparenta ocurrir exactamente lo contrario. Creemos reconocer, en ambos casos, una cierta intención de hacer perdurar algo de uno u otro género —sea plasmando sus imágenes en soportes notablemente duraderos o resguardando sus restos en sitios significativamente elegidos—; la diferencia radica en que, mientras en los varones se nota una tendencia a la individuación, a las féminas parece haberseles tratado de manera más genérica. En lo tocante a la relación entre muerte y arte, parece claro que en el presente periodo los difuntos se encontraban mucho más estrechamente vinculados con la producción mobiliaria que con la parietal. Así, aun cuando llegan a registrarse algunos huesos en las cavernas ornadas, resulta mucho más frecuente que los esqueletos semicompletos

⁴⁵ Léroi-Gourhan, *Prehistoria del arte occidental*, p. 236, 240, 242; Testart, *Art et religion de Chauvet à Lascaux*, p. 87, 102-103.



Figura 4. *Hombre herido*, de Pech Merle.
Tomado de Léroï Gourhan, *Prehistoria del arte occidental*,
y redibujado por Elba Domínguez Covarrubias

inhumados se encuentren asociados a multitud de objetos transportables, tal como sucede con el uso de pigmento de ocre rojo, los ornamentos personales y las eventuales figurillas zoomorfas y femeninas del triple entierro de Dolní Věstonice, el triple de Sunghir y el doble infantil de Krems. Considerando la coexistencia de múltiples cuevas con motivos parietales en las que no se han localizado humanos, podemos imaginar que, en la lógica gravetiense, tuvieron que coexistir dos diferentes géneros de arte: uno sobre todo generado para los vivos, el parietal, y otro, el mobiliario, que también podía ser compartido con los muertos.

Sexo y género bajo la lógica de la retención en el Paleolítico Superior Tardío

La cantidad de individuos infantiles reconocibles a través del hallazgo de restos esqueléticos fragmentarios o completos en esta época es notablemente superior a la de la antecedente pues, si en el Gravetiense las osamentas de los menores conformaban menos



de un tercio de las de los adultos, para el Paleolítico Superior Tardío éstas se elevan hasta el 38.6%. Aun sin alcanzar un porcentaje tan elevado como el de los mayores —como se verá adelante—, se observa que la proporción de fragmentos de pequeños registra un aumento —llegando al 47% de la muestra—; y la presencia de esqueletos casi completos en depósitos colectivos ahora alcanza el 50%. La distribución de los huesos de infantes experimenta, asimismo, mayor semejanza respecto de la de los adultos pues, como en tal caso, el porcentaje más elevado de nuestra muestra se ubica en los abrigos rocosos —40% de los menores y 50% de los mayores—, alrededor de un tercio en cuevas —30% de los chicos y 40% de los adultos— y la porción más pequeña en sitios a cielo abierto —30% de los infantes y 10% a 20% de los mayores según el sexo— (véase el cuadro 6).⁴⁶ Se nota, en breve, que hacia el Paleolítico Superior Tardío comenzaron a acordarse a los menores tratamientos mortuorios más similares a los de los adultos; esto, asociado a la posible aparición de figuraciones gráfico-rupestres infantiles (véase la figura 5), sugiere una serie de cambios sociales que, de algún modo, habrían terminado por otorgar a los chicos un estatus más cercano al del resto de las personas.⁴⁷

El cambio en el tratamiento de los restos de mujeres parece, por el contrario, menos acentuado ya que, aunque ahora el mayor porcentaje se ubica en abrigos rocosos, 54%, siguen siendo relativamente escasas —19 individuos distribuidos en 15 sitios frente a

⁴⁶ Olària, “Origen y desarrollo del grafismo rupestre...”, p. 387-427; Pettitt, *The Palaeolithic Origins of Human Burial*, p. 139-260; Riel-Salvatore y Gravel-Miguel, “Upper Paleolithic Mortuary Practices...”, p. 303-346; Orschiedt, “Bodies, Bits and Pieces...”, p. 119-122.

⁴⁷ Lombo Montañés *et al.*, “La infancia en el Paleolítico Superior: presencia y representación”, p. 45-47; Testart, *Art et religion de Chauvet à Lascaux*, p. 99-101. Basándose en las proporciones corporales, la talla respecto de otras figuras y variados detalles anatómicos, Lombo Montañés suponen haber identificado 32 posibles representaciones infantiles en el arte rupestre paleolítico. Tales motivos, según ellos, “normalmente se localizan formando parte de una composición más elaborada en la que se registran figuras femeninas [...] En ningún caso (tal vez en la ‘escena’ de La Vache) se documenta la presencia de individuos adultos masculinos”. Véase también Jean Clottes, Henri Delporte y Dominique Buisson (coords.), *La grotte de La Vache (Ariège). Les occupations du Magdalénien. Catalogue*, Saint-Germain-en-Laye, Musée des Antiquités Nationales, 2003, v. I, p. 360-361.



Figura 5. Posibles infantes plasmados en las plaquetas de La Marche. Fotografía tomada de Léon Pales y Marie Tassin de Saint Péreux, *Les gravures de La Marche. 2: Les humains*, París, Centre National de la Recherche Scientifique/Ophrys, 1976, y redibujada por Elba Domínguez Covarrubias

23 masculinos— y el grueso de la población continúa apareciendo en depósitos colectivos —en 6 de 11 entierros—, preferentemente, acompañados de adultos varones (véase el cuadro 4). En el arte, sin embargo, se nota una explosiva proliferación de motivos femeninos; en Francia se han registrado más de dos centenares de ellos⁴⁸ y tan sólo en el sitio alemán de Gönnersdorf se han localizado alrededor de cuatrocientos.⁴⁹ Conocemos una única representación antropozoomorfa para el periodo —aquél propulsor en asta de reno, conocido como La Venus de las Caldas, que presenta un cuerpo de

⁴⁸ Belén Carmona González, *La representación de la mujer en el Paleolítico de la península ibérica*, trabajo final de grado de Arqueología, Barcelona, Universitat de Barcelona, 2014, p. 14.

⁴⁹ Bosinski, “Les figurations féminines...”, p. 51.

mujer con cabeza de cierva.⁵⁰ También en arte mobiliario se han registrado figuras completas, con rostro y adornos corporales, en las cuevas de La Marche y Laugerie Base,⁵¹ y otras sumamente detalladas, pero sin faz, en el abrigo de la Madeleine des Albis.⁵² Las siluetas esquemáticas, cuya representación se limita a las caderas, el pubis y los pechos, son sumamente frecuentes y se presentan en sitios tan variados como La Roche-Lalinde, Gönnersdorf, Niaux, Fronsac, Parpalló, La Vache, Les Combarelles, Llonín, La Pasiega, Ardales, Ermita del Calvario, Petersfels, Niederbieber y Andernach.⁵³ Igualmente numerosas son, por último, las vulvas y triángulos púbicos; entre la amplia variedad de expresiones comprendidas, vale citar los casos de Le Gouy, Les Combarelles, Commarque, Roucadour, Fronsac, Cazelle, Lussac-les-Châteaux, Planchard, Bédeilhac, Micolón, La Luera, Oelknitz, La Marche, Saint-Cirq, Tito Bustillo y El Castillo.⁵⁴ Así, aunque se conserva una tendencia a plasmar más lo femenino que a las féminas como tales, también parece innovarse al distribuir inequitativamente la abstracción y la completitud de la mujer en los diferentes soportes y espacios. Las figuras más íntegras y detalladas se presentan exclusivamente en arte mobiliario y las mucho más abundantes representaciones esquemáticas o fragmentarias aparecen tanto en objetos transportables como sobre las paredes de las cavernas.

⁵⁰ María Soledad Corchón Rodríguez, “Últimos hallazgos y nuevas interpretaciones del arte mueble paleolítico en el occidente asturiano”, *Complutum*, v. 5, 1994, p. 252.

⁵¹ Léroi-Gourhan, *Prehistoria del arte occidental*, p. 250; Pales y Tassin, *Les gravures de La Marche*, p. 56-61.

⁵² Léroi-Gourhan, *Prehistoria del arte occidental*, p. 260; Testart, *Art et religion de Chauvet à Lascaux*, p. 102-103.

⁵³ Léroi-Gourhan, *Prehistoria del arte occidental*, p. 196, 262; Testart, *Art et religion de Chauvet à Lascaux*, p. 145, 163-164, 203, 203, 215; Valentín Villaverde Bonilla, *Arte paleolítico de la Cova del Parpalló: estudio de la colección de plaquetas y cantos grabados y pintados 1*, Valencia, Diputació de València/Servei d'Investigació Prehistòrica, 1994, p. 213; Clottes, Delporte y Buisson, *La grotte de La Vache (Ariège)*, v. I, p. 385; Carmona, *La representación de la mujer*, p. 33-35, 41-42; Bosinski, “Les figurations féminines...”, p. 52.

⁵⁴ Léroi-Gourhan, *Prehistoria del arte occidental*, p. 226, 262; Carmona, *La representación de la mujer*, p. 25; Testart, *Art et religion de Chauvet à Lascaux*, p. 100-101, 149-154, 342.

En nuestra muestra, los restos sexados como masculinos representan un total de 23 individuos distribuidos en 17 sitios. La preferencia por la inhumación en abrigos rocosos parece igualmente presente en los adultos y adolescentes varones ya que, de los 17 individuos que parecen haber sido sepultados, 9 fueron localizados en esta clase de oquedades —en orden descendente—, siguen los depósitos en cavernas con 7 y los colocados en sitios a cielo abierto con sólo un ejemplo. Los entierros individuales son ligeramente más comunes que los colectivos —5 contra 4—, pero el número de individuos en depósitos múltiples es considerablemente más elevado —11 versus 6—; casi todas las inhumaciones de esqueletos más o menos completos han sido encontradas en espacios de supuesto uso habitacional, mas se nota que los entierros individuales son ligeramente más frecuentes en covachos rocosos —4 frente a 2 en cuevas— (véase el cuadro 4). Las representaciones claramente masculinas, aunque menos escasas que en el Gravetiense, todavía están lejos de ser tan abundantes como las femeninas. El número de formas fálicas disociadas apenas se acerca a la cuarentena y resultan mucho más comunes en el arte mobiliario que en el parietal —alrededor de 30 contra una decena—.⁵⁵ Por la presencia de caracteres sexuales secundarios, cuatro de las cabezas aisladas de las plaquetas de La Marche han podido ser reconocidas como masculinas; estos mismos rasgos son igualmente visibles en piezas mobiliarias de sitios como Laugerie-Basse e Isturitz.⁵⁶ Se observan personajes antropozoomorfos sobre todo en arte parietal; tal es el caso del hombre con cabeza de ave de Lascaux y Los Casares, los tres hombres-bóvido que suman Gabillou y Trois Frères, y, en la última cueva, aquel célebre ser compuesto conocido como *le sorcier*. Encontramos, para terminar, un cierto número de figuras vagamente antropomorfas cuyo sexo es claramente identificable por la visibilidad de sus miembros; éstas se distribuyen de manera más o menos homogénea a través de los diferentes soportes —tales son los casos de la imágenes de Gourdan, Saint-Cirq, Hornos de la Peña, Marsoulas, Isturitz, Les Combarelles, La Madeleine, Enlène,

⁵⁵ Duhard, *Réalisme de l'image masculine paléolithique*, p. 55-128.

⁵⁶ Pales y Tassin, *Les gravures de La Marche*, p. 20-25, 80-81.



Murat y La Colombière.⁵⁷ Lo llamativo es que, pese a su relativa multiplicación, las representaciones masculinas siguen siendo sumamente distintas de las femeninas; pueden presentarse como un simple falo, reducirse en una suerte de retrato a su sola cabeza, zoomorfizarse o difuminar sus cualidades, pero hasta el momento no hay nada que se asemeje a las muy comunes figuraciones de torsos acéfalos de féminas de perfil, no aparecen formando series y cada una de sus figuraciones se mantiene marcadamente singular —no hay dos motivos idénticos.⁵⁸

Vemos, en contraste con los datos del Paleolítico Superior Temprano, que, más que reconocerse una drástica modificación en los contenidos, se observa una cierta variación de tono; las diferencias entre los distintos sectores sociales que podemos reconocer —sea en el arte o las disposiciones de los restos humanos— son *grosso modo* las mismas pero ahora se encuentran en cierta forma atenuadas. Todos los grupos y de género parecen haber sido susceptibles de ser preservados al interior de la colectividad; la diferencia estriba en el modo en que cada uno de ellos es retenido, sea individualmente o por sus vínculos. Puede ser que las distinciones entre las sepulturas reflejen las diferencias que existieron entre las personas en vida o que las singularidades en las inhumaciones no hagan más que señalar distinciones adquiridas tras la muerte; lo que se observa, cualquiera que sea el caso, es que las formas de lo social se prolongan en el dominio de la muerte.

Cambio de tiempos

Las informaciones discutidas son escasas y diversas; pese a ello, hemos podido identificar dos formas generales de tratamiento de los difuntos; la inhumación y la fragmentación. Su ubicación en entornos domésticos recurrentemente ocupados y el reiterado depósito de ornamentos personales sugieren que la primera de estas prácticas hubo de encontrarse ligada a cierta noción de retención,

⁵⁷ Duhard, *Réalisme de l'image masculine paléolithique*, p. 55-128.

⁵⁸ Testart, *Art et religion de Chauvet à Lascaux*, p. 167.

es decir, la idea de que algo de aquéllos debe de permanecer en el entorno social. La ausencia de tales indicios y su preferente situación en espacios frecuentados pero no habitados apuntan hacia la vinculación del segundo de los procedimientos con la lógica de la disolución, sea cual fuere su destino; todo apunta a que las personas fragmentadas tuvieron que dejar de existir como tales en la colectividad. Los restos segmentados en el periodo más tardío ocurren sobre todo en los espacios con abundante arte parietal; de ello se deduce la incorporación de tal clase de fallecidos a la misma clase de temática que las tratadas en el discurso pictórico. La forma en que se trata a los muertos sepultados de diferentes grupos de edad y sexo mantiene cierta coincidencia con el modo en que se presenta a los miembros de tales categorías sociales en el ámbito de la imagen; de modo que la escasez de inhumaciones infantiles concuerda con la casi total ausencia de sus representaciones, la singularidad de las figuraciones de varones tiene eco en la tendencia al depósito individual en el mismo sexo y la infrecuente individuación de los motivos femeninos parece encajar con la preferencia por colocar a las mujeres en entierros múltiples. Todo apunta, pues, a que, al menos en cierta forma, algunas diferencias sociales tuvieron que servir de modelo para la diversidad de construcciones discursivas en el ámbito mortuario.

Ese esquema general parece haber mantenido cierta vigencia a lo largo del amplísimo periodo que nos ocupa; las modificaciones, reconocidas parecen, sin embargo, sumamente reveladoras.

El aumento en el número de restos en el paso del Paleolítico Superior Temprano al Tardío sugiere una más alta densidad poblacional y el uso reiterado de los mismos espacios para el depósito de restos humanos parece indicar, por su parte, un mayor sedentarismo. La menor presencia de ornamentos en los entierros y la mayor homogeneidad en los tratamientos otorgados a los miembros de distintos grupos de edad y género, por su parte, apuntan a una menor diferenciación ante el deceso entre los individuos, mientras que el aumento en los depósitos múltiples pudiera indicar el énfasis en las relaciones interpersonales. De modo que, si antes se ponía en relieve el carácter único de los muertos inhumados, en el Paleolítico Superior Tardío, en lo que más parece hacerse hincapié



es en los vínculos entre los fallecidos, sus comunidades y los espacios por ellas ocupados.

El paso del Pleistoceno al Holoceno implicó en el subcontinente europeo, además del aumento en la temperatura, el remplazo de múltiples especies animales y vegetales; algunas estepas se transformaron en bosques, desaparecieron grandes mamíferos y, con el deshielo, quedaron inundadas grandes extensiones de tierra. Entre las adaptaciones elegidas por las poblaciones de la época destaca la diversificación en la explotación de los recursos; ello conllevó a una aún menor movilidad y, a la larga, a un proceso de regionalización.

Sin embargo, algunas de las formas comportamentales del Paleolítico Superior también parecen guardar cierta continuidad con las que se registran en el Mesolítico, igualmente llamado Epipaleolítico.

En el arte del Levante español, ahora dominado por la escena, las representaciones del deceso humano siguen siendo infrecuentes y, en los raros casos en los que aparece, siempre se ubica en relación con eventos violentos, sobre todo batallas —tales como los que se observan en la Cueva del Civil, Cingle de la Gasulla y Cueva de Roure—. ⁵⁹ Como en el periodo anterior, aquí la población

⁵⁹ Francisco Jordá Cerdá, “La sociedad en el arte rupestre levantino”, *Saguntum: Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, n. 11, 1975, p. 159-184; Carmé Olària, “Restos y tumbas infantiles y juveniles en la prehistoria europea: del Musteriense al Mesolítico”, en Francesc Gusi i Jener, Susanna Muriel y Carmen Rosa Olària Puyoles (eds.), *Nasciturus, infans, puerulus vobis mater terra: la muerte en la infancia*, Castellón, Diputació de Castelló, Servei d’Investigacions Arqueològiques i Prehistòriques, 2008, p. 387-472. Se encuentran evidencias de violencia intraespecífica en múltiples depósitos mortuorios del subcontinente. Jörg Orschiedt, “The Head Burials from Ofnet Cave: An Example of Warlike Conflict in the Mesolithic”, en Mike Parker Pearson y I. J. N. Thorpe (eds.), *Warfare, Violence and Slavery in Prehistory*, Oxford, BAR, 2005 (International Series 1374), p. 67-73; Mirjana Roksandic, “Violence in the Mesolithic”, *Documenta Praehistorica*, v. 33, 2006, p. 165-182. Aunque en un estilo más esquemático, también en los petrograbados escandinavos del Mesolítico Tardío son comunes las figuras animales, es asimismo frecuente verlos interactuando con antropomorfos en escenas que posiblemente remitan a actividades cinegéticas; más relevante aún, en algunos sitios noruegos, como Ausevik y Vingen, se observan figuraciones de cuerpos esquelétizados o en proceso de esquelétización. Trond Lødøen, “Concepts of Rock in Late Mesolithic Western Norway”, en Joakim Goldhahn, Ingrid Fuglestad y Andrew Jones (eds.), *An Offprint from Changing Pictures. Rock Art Traditions and Visions in Northern Europe*, Oxford/Oakville, Oxbow Books, 2013, p. 35-47; “Treatment of Corpses, Consumption of the Soul and Production of

existente también parece estar subrepresentada en el registro arqueológico mortuario. Es común que se localicen elementos óseos aislados o fragmentarios y, ocasionalmente, se observan en ellos huellas de corte o marcas de exposición al fuego, lo que sugiere la práctica de la excarnación; dicha forma de tratamiento parece haber sido tan común que, incluso, se ha llegado a proponer que ésta era la más recurrente. Al menos ocasionalmente, como en Vedbæk, Dinamarca, algunos restos parecen haber sido utilizados como ornamentos.⁶⁰ Tales evidencias coexisten con la de la inhumación, donde se conocen tanto entierros individuales como colectivos acompañados de adornos de concha o dientes de animales, estarcidos de ocre y asociados a restos de fauna. Las sepulturas pueden ocurrir aisladas o formando grupos de cinco a diez y se les encuentra tanto en espacios habitacionales como en sitios cuya función parece haber sido exclusivamente funeraria.

La gran innovación del periodo consiste, sin embargo, en la aparición de los verdaderos cementerios; entre éstos sobresalen los de Skateholm y Vedbæk, en Escandinavia; Vasyliievka y Volos'ke, en Europa del Este; Aveline's Hole, en Gran Bretaña, y El Collado, en la península ibérica, donde llegan a encontrarse decenas y hasta un centenar de esqueletos.⁶¹ Pese a las notables diferencias entre

Rock Art: Approaching Late Mesolithic Mortuary Practises Reflected in the Rock Art of Western Norway”, *Fennoscandia Archaeologica*, v. 32, 2015, p. 79-99.

⁶⁰ Timothy Taylor, *The Buried Soul: How Humans Invented Death*, Boston, Beacon Press, 2002, p. 22; Lødøen, “Treatment of Corpses...”, p. 86; Erik Brinch Petersen, “Afterlife in the Danish Mesolithic. The Creation, Use and Discarding of ‘Loose Human Bones’”, en Judith M. Grünberg, Bernhard Gramsch, Lars Larsson, Jörg Orschiedt y Harald Meller (eds.), *Mesolithic Burials. Rites, Symbols and Social Organisation of Early Postglacial Communities*, Halle, Tagungen des Landesmuseums für Vorgeschichte, 2016, p. 47-62; Juan V. Morales Pérez et al., “Funerary Practices or Food Delicatessen? Human Remains with Anthropogenic Marks from the Western Mediterranean Mesolithic”, *Journal of Anthropological Archaeology*, v. 45, 2017, p. 115-130. Tan sólo en Dinamarca se han localizado cerca de cuatrocientos individuos representados por huesos dispersos en cien sitios. Brinch, “Afterlife in the Danish Mesolithic...”, p. 47. Tal vez el ejemplo más espectacular sea el del depósito de cráneos de 38 individuos en un mismo foso. Orschiedt, “The Head Burials from Ofnet Cave...”.

⁶¹ Svetlana V. Oshibkina, “Mesolithic Burial Grounds and Burial Complexes in the Forest Zone of Eastern Europe”, *Anthropology and Archaeology of Eurasia*, v. 46, n. 4, 2008, p. 46-70; Philippe Crombé y Erick Robinson, “European Meso-



los individuos, tales conjuntos de depósitos mortuorios sobresalen por su relativa homogeneidad interna; sólo como ejemplo, podemos mencionar el caso de los cementerios de Skateholm I y II, donde, aun cuando se encuentren esqueletos sedentes, bocabajo e, incluso, cremados, la gran mayoría parece haber sido colocada en decúbito dorsal extendido.⁶²

Contrastando lo descrito con la situación prevaleciente en el Paleolítico Superior, donde las diferencias entre individuos se acentuaban más que las diferencias entre los grupos, podemos ver que la creación de espacios reservados a los muertos tiene varias implicaciones: establece una distinción respecto de los difuntos de los otros —distintos en su acomodo y distintos en su ubicación—, expresa la unidad de la comunidad —misma disposición, mismo sitio—, marca los vínculos del colectivo con territorio ocupado y conforma una suerte de frontera respecto de los miembros vivos de la misma sociedad. Entonces, si, como imaginamos, la dispersión de los restos se asocia a la disolución de los muertos y su preservación a su retención, tendríamos que, cuanto más se diferenciaban las sociedades mesolíticas entre sí, mayor esfuerzo hubo de haber por mantener socializados a los miembros fallecidos del propio colectivo. ¿Será que preservamos a nuestros difuntos justamente para distinguirnos de los otros? Tal vez, esto pueda tornarse más claro al examinar otro ejemplo.

lithic: Geography and Culture State of Knowledge and Current Debates”, en Claire Smith (ed.), *Encyclopedia of Global Archaeology*, Nueva York, Springer, 2014; Juan F. Gibaja *et al.*, “The Emergence of Mesolithic Cemeteries in SW Europe: Insights from El Collado (Oliva, Valencia, Spain) Radiocarbon Record”, *PLoS One*, v. 1, n. 10, 2015, p. 1-18; Brinch, “Afterlife in the Danish Mesolithic...”; Jörg Orschiedt, “The Late Upper Palaeolithic and Earliest Mesolithic Evidence of Burials in Europe”, *Philosophical Transactions B*, v. 373, 2018, p. 7-8.

⁶² Lars Larsson, “Some Aspects of Mortuary Practices at the Late Mesolithic Cemeteries at Skateholm, Southernmost Sweden”, en Judith M. Grünberg, Bernhard Gramsch, Lars Larsson, Jörg Orschiedt y Harald Meller (eds.), *Mesolithic Burials. Rites, Symbols and Social Organisation of Early Postglacial Communities*, Halle, Tagungen des Landesmuseums für Vorgeschichte, 2016, p. 175-184.